

Para tí soldado

¿Será tanto?

Por JOSE RIBA GABARRO



O es preciso ser un experto observador para darse cuenta de que muchos soldados consideran el tiempo de su servicio militar como un paréntesis inútil, en el cual se eclipsan por completo las aspiraciones de su personalidad y se apagan los entusiasmos de su florecida juventud.

Pero el fruto de esa errada mentalidad se debe a que se cierran los ojos a la realidad viva y palpitante de que ser soldado es velar por los propios y más caros intereses, porque el Ejército, es la salvaguardia de la Patria, en cuya defensa debemos laborar todos los hijos de ella, o sea que prestamos nuestro concurso para asegurar la paz y la prosperidad de la Nación, que significa la paz y prosperidad de cada familia entre las cuales tenemos el gozo de contar a la propia; además, ser soldado de España, es formar parte del glorioso Ejército Español, cuya Bandera en el correr de los siglos ha ondeado victoriosa en todos los meridianos del orbe, lo que debe hacernos pensar cuanta honra y honor nos cabe al poder prestar juramento a esa Bandera, y ser servidores de ella hasta derramar nuestra última gota de sangre.

Así que cuando se llega al campamento y luego al cuartel, no es para otra cosa que para instruirse y formarse militarmente, y es por ello que la instrucción es la parte más importante de la vida del soldado y a la que se dedica la mayor parte del tiempo, debiendo aprovecharlo para conseguir la formación idónea y darnos cuenta del valor del adiestramiento en el manejo de las armas.

Más a alguno se le ocurre pensar que en el reglamento de los diferentes servicios hay una serie de menudencias y formalidades innecesarias que parecen ideadas solamente para acabar la paciencia del más

paciente, y entonces se mira con desdén el turno del servicio y cuando toca se cumple sin interés, con desagrado manifiesto o velado, por juzgarlos humillantes, monótonos, triviales, empleando la ley del mínimo esfuerzo, e ingiriendo cada día mayor dosis de pereza, y la norma de todo obrar se convierte en ir matando al tiempo es el crimen más grande que el hombre puede cometer. ¿Será tanto?

Meditémoslo.

Y meditándolo bien veremos como es verdad.

Somos seres racionales y hemos de ser conscientes en el cumplimiento del deber, haciéndolo con prontitud y generosidad y esforzándonos en despertar en nuestro interior el ánsia de querer ser soldados ejemplares, que saben practicar las virtudes del trabajo, la subordinación, la obediencia, la disciplina, el noble compañerismo.

Aunque hayamos cambiado de ambiente y de traje, hemos de razonar nuestros actos, llevando a la perfección los pequeños detalles del quehacer cotidiano, con una constancia varonil, propia de soldados españoles. ¡Nobleza obliga!

Si antes espoleados por el egoísmo individual, éramos obreros laboriosos y concienzudos en la oficina, en el taller, o en el campo, también ahora debemos ser soldados valerosos para enfrentarnos con el sublime ideal de servir a Dios y a la Patria y saber adaptarlo a la realidad de cada día y así cuando llegue la licencia y regresemos al hogar añorado, tendremos la incomparable dicha de saborear la satisfacción del deber cumplido, habiendo conquistado un tesoro de experiencia de la vida y del trato con los hombres; tesoro, que para conservarlo viviremos alerta como un centinela, conjurando así todos los peligros que amenacen perturbar la tranquilidad de nuestro vivir.

Luchamos con los ojos puestos en establecer prácticamente, en la vida pública y privada, los principios cristianos que fueron refrendados con Sangre divina en el Gólgota.

General DAVILA